

En la Edad Media se desató una gran controversia al respecto. Por una parte estaban los dominicos. Ellos decían: «No, María es una persona como todas las demás, es decir, también ella tiene el pecado original». Por otra, los franciscanos, que defendían la posición opuesta. Resumiendo: en esa prolongada disputa se gestó lentamente la opinión de que la pertenencia de María a Cristo es más fuerte que su adscripción a Adán. Más aún: que el estar destinada a Cristo de antemano —porque Dios nos precede, y los pensamientos de Dios nos configuran desde el principio— era la auténtica característica de su vida. María, dado que en ella se inicia el nuevo comienzo, no puede pertenecer a ese contexto de pecado: su relación con Dios no está perturbada, ella está desde el principio ante los ojos de Dios, que la «ha mirado» (Magnificat) y la dejó alzar la vista hacia Él.

Más aún, su específica pertenencia a Cristo conlleva también que esté completamente en estado de gracia. La palabra del ángel que al principio parece tan sencilla, «llena de gracia», puede ser interpretada entonces de forma que abarque toda su vida. Porque al final no expresa simplemente sólo un privilegio para María, sino una esperanza que nos incumbe a todos nosotros.

Para hacerlo aún más provocativo: ¿qué nos dice el dogma de la ascensión de María al cielo? Fue establecido tarde, en 1950. Es curioso, pero la verdad es que desde un principio no hubo tumba ni reliquia alguna de María.

Como es natural, este dogma nos resulta a todos muy difícil, porque no acertamos a imaginar el cielo. Y menos aún, que allí pueda estar emplazado un cuerpo. Visto así, este dogma plantea una gran tarea a nuestra comprensión del significado de *cielo* y de *cuerpo*. A la comprensión del ser humano y su futuro en general...

¿Y cómo resuelve usted personalmente esa tarea?

Me ayuda la teología del bautismo desarrollada por san Pablo, donde dice: «[Dios] nos ha resucitado y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús» (Efesios 2: 6). Es decir, que como bautizados, ya hemos anticipado nuestro futuro.

Así que el dogma sólo indica que lo que el bautizo hace en todos nosotros, es decir, vivir («hacer sentar») con Dios «en los cielos» (¡Dios es el cielo!), se cumple plenamente en María. El bautismo (estar con Cristo) ha desplegado en ella todos sus efectos. En nosotros ese estar con Cristo, el estar resucitados, es todavía frágil, muy incapaz. En ella, no. Nada falta. Ella ha entrado en total comunión con Cristo. Y a esa comunión le corresponde una nueva corporalidad que nos resulta inimaginable.

En suma: lo esencial de este dogma es que María está completamente con Dios, con Cristo, que es completamente «cristiana».

Entretanto más de un millón de personas exigen que María sea elevada por la Iglesia católica a «corredentora». ¿Se accederá a esa solicitud o se trata de una herejía?

No creo que en un periodo de tiempo previsible se atienda esa solicitud por la que abogan varios millones de personas. La respuesta de la Congregación de la Fe dice que lo que eso pretende expresar ya está resumido mejor en otros títulos de María, mientras que la fórmula «corredentora» se aleja demasiado del lenguaje de las Escrituras y de la patristica y, por tanto, provoca malentendidos.

¿Qué hay de cierto en ello? Bueno, es cierto que Cristo no está fuera de nosotros o a nuestro lado, sino que forma con nosotros una comunidad profunda, nueva. Todo lo que es suyo se hace nuestro, y todo lo que es nuestro él lo ha aceptado haciéndolo suyo: este gran intercambio es el autén-

J. RATZINGER, Dios y el mundo. Una conversación con Peter Seewald. Ed. Sudamericana, Buenos Aires 2005.

tico contenido de la redención, eliminar las barreras de nuestro yo y entrar en comunión con Dios.

Dado que María anticipa la Iglesia en cuanto tal y, por así decirlo, es la Iglesia en persona, ese «con» se consuma en ella de manera ejemplar. Pero ese «con» no debe hacer nos olvidar que el «primero» es Cristo: todo procede de Él, como dicen sobre todo las epístolas a los Efesios y a los Colosenses; María es lo que es gracias a Él.

La palabra «corredentora» ensombrecería ese origen. Una intención correcta se expresa con un vocablo erróneo. En asuntos de fe es esencial enlazar con el lenguaje de las Escrituras y de los Padres; el lenguaje no es manipulable a voluntad.

SOBRE LOS MILAGROS

Nadie es tan adorado en la Iglesia como la madre de Dios, en incontables iglesias y altares, canciones y letanías, fiestas marianas y peregrinaciones. Los miles de santuarios marianos forman una red propia de células nerviosas que se extiende por todo el globo.

Y, al parecer, nadie hace tantos milagros como María. Los lugares de aparición están repletos de testimonios y documentos de sucesos inexplicables. Bernardo de Clara-val, por ejemplo, atribuye a María un poder increíble: «Pí-dele y jamás serás defraudado», dice. Eminencia, ¿son reales todos esos milagros?

Bueno, es imposible precisarlo en detalle. Con frecuencia se tratará de lances asombrosos que acaso no deberíamos considerar milagros en sentido estricto. Pero todos esos acontecimientos revelan la especial confianza que las personas han depositado en María. A través de María se contempla el rostro de Dios y de Cristo de tal modo que nos permite comprender a Dios.

María es la puerta abierta a Dios. Al hablar con ella se puede tener esa ingenuidad, se puede acudir con esos ruegos y confianza infantiles que muchas veces la gente no se atreve a manifestar ante el mismo Cristo. Es el lenguaje del corazón. Que se manifieste en esa red de santuarios muestra por partida doble cómo afecta esto al corazón humano. Es la fe, de la que Cristo nos dice que mueve montañas.

Hasta qué punto suceden realmente milagros en sentido técnico, es otra cuestión. Lo importante es que existe gran confianza y que esta confianza también encuentra respuesta. Esta confianza aviva tanto la fe que llega hasta lo físico, hasta lo cotidiano, y hace que la mano bondadosa de Dios se torne real gracias al poder bondadoso de esa madre.

Hablemos de Fátima: El papa Juan Pablo II beatificó el 13 de mayo de 2000 a los niños videntes de Fátima. Él mismo atribuye su supervivencia en el atentado de la plaza de San Pedro, acaecido el 13 de mayo de 1981, a un milagro de la Virgen de Fátima. Y afirma incluso que ese encuentro ha ejercido una notable influencia en su pontificado.

¿Qué sucedió? A mediodía del 13 de mayo de 1917, tres niños pastores —Lucía (diez años) y sus hermanos Jacinta (siete) y Francisco (nueve)— vivieron una experiencia notable en un pueblo portugués totalmente desconocido hasta entonces. Sobre una encina apareció una luz brillante, dijeron, que rodeaba a una «mujer hermosísima». «No temáis», dijo ella, iba a anunciar un mensaje que traería la paz a los hombres. Al principio, los niños sufrieron burlas y escarnios por esta historia. Pero el 13 de octubre de ese mismo año, unas setenta mil personas se congregaron para ser testigos oculares de la autenticidad de dichos mensajes.

Según los informes, el espectáculo comenzó a mediodía. De repente cesó de llover. Las nubes se abrieron y de im-